

DE
NUEVA GRANADA
A
CHINA

CAPITULO I

**Nueva Granada. — Su situacion en el año de 1851. — Motivos de mi viage.
— Salida de Bogotá. — Rio Magdalena. — Navegacion en el XV y XIX
siglo. — Llegada á Cartagena. — Aspecto de la ciudad. — Fandango. —
Los negros. — Embarque. — Travesía á San Thomas.**

Un partido acababa de triunfar en la Nueva Granada en el año de 1851 : este partido, denominado rojo por unos y liberal por otros, se enseñoreó de la república por medio de la intimidacion, y por medio de la fuerza logró mantenerse en el poder por un tiempo demasiado largo para la patria que por muchos años creyó decidida su suerte en la batalla de Rionegro.

En aquella época el estado del país era lamentable : comprimida y sufocada la mayoría nacional ; violentado

el querer de los pueblos ; inquietados los buenos ciudadanos ; perseguidas muchas ilustraciones políticas ; muertos en el campo de batalla multitud de verdaderos republicanos ; arruinados los propietarios pudientes ; oprimidos el saber y el talento ; vejados los ministros de la religion ; las mugeres insultadas villanamente ; desencadenados todos los excesos de la demagogia ; todos los vínculos de la sociedad rotos, y nuestra pobre patria asombrada de tanto atrevimiento.

En vista de semejante estado, ¿quién podia resolverse á continuar habitando la Nueva Granada? — ¿Quién que tuviera algunos medios podia dejar de ausentarse de una tierra tan desdichada? — ¿Quién que sentiera latir en su pecho algun sentimiento noble podia resignarse á presenciar el destrozo que de una parte del país hacia un partido desenfrenado?

El 30 de octubre fuí puesto en libertad despues de haber estado tres meses en una horrible prision, á la cual hasta ahora no sé por qué fuí reducido. Algunos de mis amigos creen que fué por haberme ido al campo sin que el gobierno *liberal* me diera permiso para ello ; esto no me parece probable. — Otros que fué porque escribí algunos artículos en los periódicos de la capital ; esto tampoco me parece natural, pues se decia que habia *absoluta* libertad de imprenta... Otros, en fin, me decian que tal vez seria por mi opinion conservadora, pues esta opinion se reputaba en aquella época un gran delito. Esto me parecia demasiado, y no podia imaginármelo tampoco. El hecho es que sufrí tres meses (noventa y tantos dias) de prision con todos sus sinsabores y peligros. Però ¿para qué estampar aquí todo lo que la in-

dignacion dictaba á mi pluma en momentos tan inmediatos á mis sufrimientos? Mejor está borrarlos de mi manuscrito, así como ya los tengo borrados de mi memoria.

El 30 de octubre, pues, se me dió la libertad que se me habia arrebatado arbitraria, ilegal é injustamente, y desde ese momento juré abandonar mi suelo natal. Resolví marcharme léjos de mi patria á respirar en países extranjeros el aire libre; á sacudir el polvo de la prision; á distraer un poco mi fatigado espíritu.

Quince dias bastaron para arreglar mi marcha, y el dia 16 de noviembre abandoné mi hogar doméstico; abandoné mi idolatrada familia; abandoné mis amigos, y todo cuanto se tiene de caro en la vida!... Salí de Bogotá...

Nos transportaremos rapidamente á la ciudad de Cartagena, uno de los puertos principales de la Nueva Granada. Inútil me parece detenerme mucho en las impresiones que he experimentado en todo el tránsito hasta llegar á Calamar. Miseria, desnudez, atraso, ignorancia por un lado; árboles gigantescos, vegetacion prodigiosa, un rio caudaloso, unas márgenes pintorescas, todas las bellezas de la naturaleza por otro. Aquí un buque de vapor; mas allá un champan con sus bogas casi desnudos y su cubierta de guaduas; acullá un *bongo* amarrado á un tronco; mas léjos una humilde balsa bajando magestuosamente por la mitad del rio.

Por una parte la civilizacion con todos sus adelantos y comodidades. Por otra la barbarie con todas sus calamidades y atrasos.

En el vapor está simbolizado el siglo diez y nueve. En el bongo ó champan el siglo quince.

La única impresion que sentí fué la de ver surcar en uno de nuestros primeros rios algunos cuantos buques de vapor, lo que pocos años ha no se podia contar. Una nueva era ha empezado para los pueblos del Magdalena, y la industria y el comercio han debido necesariamente recibir fuerte impulso.

Cuando llegamos cerca de Mompox encontramos al vapor *Honda*, barado, que por primera vez subia el rio. Durante un dia y una noche estuvimos trabajando para ayudar á sacarlo de la tierra en que se hallaba clavado completamente: al fin, merced á unas cadenas, logramos que saliera y volviera á emprender su marcha. Llevaba á su bordo un gran número de obreros ingleses que iban para no sé qué minas. Estos, durante todo el dia de la faena estuvieron abajo metidos en la cámara pasando á tragos el mal rato con sendas botellas de *brandy*. Parece que este era el mejor medio que ellos encontraban para salir del atolladero.

No contando con los pacienzudos y hermosos caimanes, ni con los bogas, ni con las embarcaciones, nada encontré hasta Calamar digno de mencionarse. Digo mal, olvidaba hablar de las *impresiones* que me hicieron sentir los señores mosquitos, habitantes hospitalarios y muy atentos servidores de todas estas comarcas. Pero estas dulces *impresiones* causadas por estos filarmónicos ambulantes desaparecieron bien pronto de mi corazon.

Con no poco placer llegué á Calamar el dia 2 de diciembre, y al dia siguiente, en una mala bestia, me puse en camino para Cartagena.

Desde Honda venia acompañado de uno de los coroneles mas valientes y jocosos que se pueden dar. Salia

este desterrado por la revolucion que á la sazón acababa de tener lugar en Nueva Granada, y sus chistes y agudezas me llevaban divertido por todo el camino.

No bien hubimos llegado á un pueblecillo llamado Arroyondo, cuando los negros, dirigiéndose á mi compañero, prorrumpieron en mil gritos : « Mi coronel ! mi coronel ! » Este me indicó que nos bajáramos del caballo, y contestó á los saludadores : « Arriba muchachos ! Un *currulao*¹ !—Bueno ! bueno ! gritaron aquellos ; á bailar ! Traigan el *tambó* y la gaita. »

Nos apeamos en el momento, y entónces empezó una escena muy propia de aquellas gentes.

Un negro cogió la gaita, es decir un palo ó caña, de las que algunos usan como baston, con un agujero en la cabeza ó pomo cubierto de una gran dosis de cera negra, y empezó á soplar como un desesperado por el agujerito y á hacer posturas en el palo como si fuera una flauta ; meneaba la cabeza, inflaba los cachetes, sudaba á chorros y zapateaba para acompañar á la amiga que tocaba el tamboril.

Era esta una zamba de ocho lustros y con mas vientre que el tambor. Colocóse entre las rodillas un gran trozo de palo hueco cubierto de un cuero claveteado sobre cuya superficie tocaba con dos palillos á brazo tendido.

La música que resultaba del conjunto de estos singulares instrumentos no era por cierto ni muy melodiosa, ni muy variada ; pero si servia para inflamar los corazones, hacer menear las caderas, y hacer sentir mil eléc-

¹ Baile de negros.

tricas emociones á todos los felices descendientes de Africa.

Formóse al momento un círculo cuyo centro eran los dos artistas filarmónicos, y cuyo radio seria poco mas ó ménos el largo de la gaita. Pusiéronse los hombres frente á las mugeres; estas empezaron á menear los piés y aquellos á hacer mil piruetas, brincos y contorsiones. La rueda empezó á andar, y el currulao habia principiado.

La diversion estaba en su punto : los gritos atolondraban, la música aturdia; los cumplimientos y *flores* se cruzaban; la algazara era general.

El coronel y yo reiamos como unos locos, nos divertíamos además descargando nuestros bolsillos del peso de algunas monedas que dabamos á los diferentes dansantes que se nos acercaban tendiéndonos la copa del sombrero, y alargándonos un pañuelo. Esta última operacion, continuada por mas de una hora, concluyó por fastidiarnos; ya estaba yo cansado y deseaba partir.

Hice esta indicacion á mi compañero, el cual habiéndola encontrado muy en razon, empezó á arreglar sus aprestos de montar, y á prepararse para volver á ponernos en camino.

En pocos minutos estuvimos listos, y la zambra que se hallaba en lo *mas apurado*, unos bailando, otros zapateando, otros haciendo doscientas mil muecas al rededor de una rueda de mugeres que cantaban; viéndonos ya en posicion de marcha, perdió súbitamente su animacion, y se disolvió. Fué una gran máquina á la cual de repente le faltó el vapor, y se paró al momento.

El coronel entónces empezó á despedirse individualmente de ellos y á darles la mano. A casi todos conocia por sus nombres : « Adios, querido ! adios, mi zambo ! adios, camarada ! adios !... » etc. Tales eran algunas de las fórmulas con que saludaba al enjambre de negros que se le agolpó alrededor... Por último, dió un estrecho abrazo á una comadrita que tenia; metimos las espuelas á nuestros caballos, y volvimos á emprender nuestra ruta.

Esa noche dormimos en un pueblecito llamado Arjona, y al dia siguiente temprano llegamos á Turbaco.

En medio de este lindo parage se levanta una hermosa casa que sorprende al viajero. Es el adorno de la plaza; es la casa del general D. Antonio López de Santa Ana, ex presidente de la república de Méjico.

Los hechos de este hombre como gobernante, y como hombre privado, debo confesar que nunca me han inspirado simpatía : no me parecen dignos de elogio... Empero, el hombre que por largos años ha gobernado un Estado, un general que en defensa de su nacion ha perdido una parte principal de su cuerpo, un individuo histórico por mas que se diga, y poseedor de millones de pesos... Un tal hombre, repito, me inspiraba alguna curiosidad, y deseaba conocerle.

No me fué difícil satisfacer este deseo. Su secretario privado me presentó á él, y tuve con el general una larga conferencia.

En esta ocasion pude conocer algo al hombre, y no encontré que su instruccion tuviera un valor de muchos quilates; pero tampoco creí que merecia la fama de negado que se le dá generalmente. No es un ente

vulgar, ni tampoco un genio : es lo que comunmente se llama una mediocridad.

Fisicamente hablando, el general Santa Ana me pareció bien. Hermosa frente, alto de talla, aire militar y bastante agradable ; su pierna perdida en el sitio de San Juan de Ulloa contra los franceses está reemplazada por una postiza de caucho que no dejaba de inspirarme veneración. Es tan bello defender la patria y el honor nacional, que las heridas que por tal causa se obtienen son siempre dignas del respeto de los conciudadanos y de la admiración de todos.

Al día siguiente á las seis de la mañana proseguí mi camino en compañía del coronel, y el día 7 de diciembre llegué á Cartagena, la ciudad heroica, la rival de Bogotá.

Dos impresiones principales experimenté al entrar en la ciudad : una de admiración por la hermosa vista que se presenta : otra de pena y de tristeza por la excesiva cantidad de negros. Por todas partes reina la quietud ; no hay casi actividad, la población parece muerta.

En medio de este silencio apenas se oye el rugido del mar, cuyas olas van á estrellarse al pié de magníficas fortificaciones.

Los edificios, las fortalezas, la posición topográfica, los castillos, etc., todo, todo revela que Cartagena de Indias fué una ciudad de primer orden. Hoy el comercio y la agricultura han desaparecido, no hay riqueza, no hay movimiento, gracias á las revoluciones y demás plagas que han llovido sobre este infortunado pueblo : no se ven más que ruinas y escombros. Parece la ciudad á una respetable anciana que yace en la mise-

ria, pero en cuyas facciones y trato bien se revela que en otros tiempos tuvo lujo y esplendor, y que fué una hermosa jóven.

La desproporcion en que se halla la raza blanca con respecto á la negra fué una de las cosas que mas me sorprendieron. Pensar que por cada blanco hay nueve ó diez negros, es una cosa horrible y desconsoladora.

Despues de pasadas estas impresiones desagradables, otras por diferente estilo vinieron á asaltarme.

La juventud femenina agrada extraordinariamente por su belleza, buen trato, desparpajo, y sobretodo por su gracia, que solo las habaneras y andaluzas pueden disputar.

Una mañana hallábame profundamente dormido; mi imaginacion vagaba por mil lugares, y estaba absorto en un pesadísimo sueño; cuando de repente la música y la algazara que habia en la calle vinieron á despertarme. Salté al punto de mi cama, y salí al balcon para ver lo que pasaba. La calle estaba llena de gente, la mayor parte del pueblo, y el espectáculo era curiosísimo: unos cuantos negros tocaban diversos instrumentos, otros batían grandes banderas, otros llevaban figurines clavados en la punta de palos. Quienes cantaban y bailaban; quienes gritaban y danzaban. Las negras reian y palmoteaban, y los muchachos, que son el alma de estas diversiones, seguian detras sirviendo de comparsa.

Sorprendido y alarmado, no sabia lo que significaba esta funcion; cuando algunos gritos salidos de en medio de los actores vinieron á sacarme de dudas, y á manifestarme lo que era. Estábamos en el mes de diciembre: era la época de *fandangos*, y yo presenciaba uno de ellos.

Poco despues fuí informado que era el fandango de *Chambacú*, y que el otro fandango del *Pozo*, en el cual figuraba todo lo mas escogido de Cartagena, no podia salir ese año. Preguntando la razon, se me dijo que era porque componiéndose de todas las personas decentes, era naturalmente *conservador*, y que en esta época de libertad solo podia salir el *rojo*. Esta animosidad de los partidos no me causó ninguna sorpresa; pero confieso que no dejó de indicarme el triste estado á que habia llegado el país.

Frente al hotel de Fermin se levanta un magnífico edificio de aspecto sólido y de grande adorno para la plaza. Ese monumento tiene un nombre horrible como la institucion que simboliza, y que no quisiera estampar en este lugar : es el palacio de la INQUISICION!!!

Cartagena de Indias era una de las ciudades mas importantes bajo el vireinato español, y natural tambien era que fuese distinguida con todos aquellos monumentos con que á la sazón España escandalizaba el mundo. Tuvo pues fortificaciones, castillos, etc., y una agencia correspondiente, llamémosla así, de la memorable Inquisicion.

Cierto es que ya no se quema allí á ninguna creatura humana viva ni muerta, y que está destinado el edificio para habitaciones privadas; pero tambien es cierto que conserva el nombre de *Palacio de la Inquisicion*, lo cual es una palabra de tristes recuerdos.

Otros tiempos, otras necesidades, otras instituciones, otras ideas, otros monumentos. El siglo quince tuvo frailes, tuvo tiranos, tuvo monstruos en forma de hombres que gobernaban el mundo. Estos creyeron que sus hogueras y sus atrocidades no llevarian sus nombres á la

posteridad, y creyeron necesario escribir sus ideas sobre masas de piedra para que nunca se borrasen, y hablaran elocuentemente. De aquí estos palacios de la inquisicion, y esos otros monumentos que han perpetuado el baldon y la ignominia.

Hoy, en el siglo actual, en el siglo diez y nueve, otras son las ideas, afortunadamente, y otros los monumentos que las representan. Hoy, en lugar de degollar, de quemar á los hombres, y de destruir la humanidad, se trata de todo lo contrario, esto es, de aliviar, de proteger, de mejorar nuestra condicion. Marchar adelante, progresar : *go ahead*, hé aquí la fórmula de la presente época. Bancos, cajas de ahorros, caminos de hierro, telégrafos, casas de asilo, exposiciones, son los monumentos que tenemos !

A los palacios de *Inquisicion* universal, han sucedido los palacios de *Exposicion* universal, y ya parece que el hombre se ha cansado de tiranías y crímenes, y trata de llenar sus deberes y alcanzar sus destinos !

Una casa de beneficencia reemplazaría bien la casa de la Inquisicion. Caridad ! ese es el emblema de la libertad. Crueldad ! ese el emblema de la tiranía !...

El dia 27 de diciembre el estruendo del cañon anunció la llegada del vapor *Ayde*, y yo debia seguir en él para San Thomas. Al efecto despedíme de todos mis amigos ; saludé por última vez las playas de mi patria, y preparéme para ir á bordo inmediatamente.

¿Cómo pintar aquí las impresiones que sentí cuando una vez quité el pié del botecillo y me encontré á bordo del vapor ? Figuróseme que habia roto súbitamente el último eslabon de la cadena que me retenía en mi tierra ,

y que ya me hallaba á un millon de leguas distante de ella ! Hasta entónces habia creido que mi viage era un sueño, una pesadilla : en ese instante ya ví que era un hecho, una completa realidad.

Una vez en el buque, mi primera impresion fué fatal : nadie habia allí que me dirigiera la palabra ; mi equipage estaba tirado á la entrada, y no encontraba ni con quien entenderme : el buque inglés habia recibido un nuevo bulto de mercancías. Este es el modo como se considera á los pasajeros en esta compañía.

Las cinco de la tarde en punto era la hora fijada para la partida, y ya faltaban pocos minutos. Subíme á la cubierta ; volví la cara hácia la ciudad, y quedéme fijo como una estatua contemplando las azoteas y las lindas palmeras. Repasaba con mi vista todas las calles y todas las casas donde habia sido tratado con cariño ; admiraba las soberbias fortificaciones, y me esforzaba en distinguir la casa de la popa , cuya elevacion y blancura hacen que se vea desde léjos como una palomita que se pierde en el seno de las nubes.

La campana dió las cinco, y el capitan la órden de partir ; las personas que habian venido á acompañar de tierra á algunos pasajeros se embarcaron en sus botes ; y al tétrico canto del marinero inglés el ancla empezó á levantarse. Decir lo que yo experimenté entónces sería decir lo imposible. Hay impresiones tan fuertes, que se sienten, pero que no se pueden expresar ; están mas allá de lo que puede soportar la sensibilidad ; no hay por tanto palabras en las lenguas humanas para designarlas.

Al ver el ancla suspendida en el aire, se me figuró que se me arrancaba el alma, que se me despedazaban las

entrañas, que se rompian todos los lazos que me unian á mi país!... El ancla del corazon parecíame liviana : la tristeza triunfó de toda reflexion, y, olvidando las meditaciones, dejé caer mi cabeza sobre mis brazos, y me puse á llorar como un niño.

Mis lágrimas eran las lágrimas del hijo, las lágrimas del hermano, las lágrimas del republicano, las lágrimas del patriota ! Eran gotas desprendidas de mi alma, y que al caer en el océano debieron impregnar sus aguas de tristeza y dolor !

Fué entónces que acordándome de los versos de lord Byron en *Childe Harold* :

« Farewell, Farewell ! To my native land, » etc.

me desesperaba de no ser poeta para poder expresar lo que sentia. No obstante saqué un pedazo de papel, y tomando un lápiz escribí las cuartetas siguientes que reproduzco aquí por haberlas hecho en aquellos momentos.

I

Ya dejé de pisar el patrio suelo ;
Héme ya aquí en extrangera nave,
Recorriendo el espacio como el ave
Que surca el aire con incierto vuelo,

II

Héme perdido sobre el mar del mundo,
Como los hijos de Israel un dia;
Mas como ellos tambien en mi agonía,
En Dios mi gloria y esperanza fundo.

III

Ya he dejado mi patria querida,
Y mi madre, y hermanas, y amor...
Cuanto existe de caro en la vida,
. . . Solo playas ya tengo al redor!

IV

Ayer sobre su trono refulgente,
Su disco el sol entre la mar hundía
Y con su luz brillante en Occidente
También hundióse la esperanza mía!

V

Mi padre ¡ay Dios! mi padre ya no existe!
Expiró cual filósofo y cristiano;
Como muere el católico, el humano,
A quien la fé consoladora asiste!...

VI

Sus virtudes guiarán siempre mi paso,
Grabadas las tendré perennemente;
Ellas serán mi estrella en el Oriente,
Ellas serán mi norma en el Ocaso!

VII

¡Adios, humilde techo, hogar querido!
¡Adios! ¡adios! mi Bogotá adorada,
¡Adios, familia toda idolatrada,
. . . Para siempre tal vez os he perdido!

VIII

Y el viento las velas inflaba,
Y el vapor empujaba el bajel;
Y yo solo en la popa lloraba,
Y apuraba la copa de hiel....

El buque, arrastrado por la enorme máquina, resbaló suavemente sobre la unida mar, trazando en su camino inmensos surcos, y estampando sus magestuosas huellas.

Las inmensas olas que en tiempos de brisas baten nuestras costas, venían á estrellarse al pié del *Clyde*, y le formaban una hermosa cintura de espuma. Miéntras tanto el viento hinchaba las velas; las ruedas de la máquina empujaban con fuerza el seno de la azulosa mar, y poco á poco Cartagena se perdía á lo léjos como un punto negro á los ojos de todos los que nos hallábamos sobre la cubierta.

Ya el sol se habia ahogado en el vasto abismo, variadas madejas de púrpura y de oro coronaban el horizonte como otras tantas cintas de llamas, y la noche dejaba caer poco á poco sus velos de gaza negra. A los pocos minutos habian arropado la inmensidad del océano; el cielo empezaba á estrellarse, y las costas de Granada habian desaparecido enteramente.

.

« Patria! patria! » me decia entre mí, « ya te perdí, quién sabe si para siempre, quién sabe si para no volver á verte nunca!

« ¡ Oh! cuán diferente es tu suerte hoy de lo que era ahora cuatro años, cuando desde un bajel igual yo contemplaba tus risueñas playas! Entónces era bello pronunciar el nombre sagrado de patria! porque la patria era la verdadera madre comun de todos los granadinos, la depositaria de su dicha; entónces la existencia era dulce en su seno, porque habia leyes, habia garantias, sosten para el débil, honor para el fuerte, justicia para todos! Sí, en

aquel entónces habia REPUBLICA, y Granada era verdaderamente libre y dichosa; porque la verdadera *Libertad* es la hija de Dios y la hermana de la *Dicha*...

Al dia siguiente ya nos hallábamnos muy léjos de las costas de Granada; no tenia ante mis ojos mas que cielo y agua. Estaba en alta mar.

Por una feliz casualidad, á bordo del mismo vapor dos respetables copartidarios políticos y amigos míos se habian embarcado tambien la víspera: ambos salían desterrados con direccion á playas extrangeras. El placer que sentí con la vista de estos compañeros fué incalculable, y una navegacion que me habia figurado pesada y tristísima, iba, por esta coincidencia, á convertirse en agradable y divertida. Nada hay que una tanto á los hombres como la desdicha, como los comunes sufrimientos. Los lazos políticos establecen una amistad tan grande entre los hombres, que raya en amor, en frenesí. Los que padecen por una misma causa, por defender las mismas ideas en una sociedad, son amigos que se quieren, adalides que se respetan!

En los cinco dias que duró la navegacion de Cartagena á San Thomas, poco ó nada de particular hay que referir. Las mismas cosas, los mismos incidentes que acompañan á toda navegacion. Las brisas soplaban tan fuertemente, que casi todos nos mareamos, y hubo mas de una escena verdaderamente cómica. Uno de mis compañeros de viage se hallaba tan postrado, que daba lástima. Era este uno de aquellos padres mas bonazos y mas sencillotes que habitan la tierra: parece que era la primera vez que se embarcaba, y todo le cogía de nuevo. Sin hablar una palabra de inglés, *tumbado*

completamente, entretenia con el *steward* unos diálogos curiosísimos. Ni despues de su famoso sermon en la iglesia de las Nieves, ni en su combate en Corito con los salteadores de Facatativá, ni en Garrapata, ni en la *cordillera de los Andes*, ni en la prision, jamás se habia afligido ! Lo que no pudieron las lanzas de sus enemigos lo pudieron las olas del océano ; lo que no pudo el humo del combate, le fué facilísimo al movimiento del buque. Ante las agonías del mareo, abdicó su fibra ; sucumbió su energía.

El dia 31 de diciembre llegamos por fin á San Thomas. Con el año acabó la navegacion. La aurora del primer dia de 1852 nos brilló en país extranjero, como nos brillarán quién sabe cuantas de los años siguientes !

CAPITULO II

San Thomas. — Permanencia en esta isla. — Extension y poblacion de las posesiones danesas. — Salida. — Jamaica. — Llegada á la Habana.

Figúrese el lector que á las faldas de unas fértiles montañas, y como saliendo de una tasa de flores se hallan caprichosamente colocados á manera de pesebres tres triángulos de casas con sus graciosas azoteas y curiosas construcciones, y ya podrá formarse una idea de la vista que presenta San Thomas al acercarse el viagero á sus costas. Esta pequeña isla, la de Santa Cruz y San Juan,